



**PEPE MENÉNDEZ**

# Escuelas que valgan la pena

**Historias para entender  
la educación del futuro**

PRÓLOGO DE  
**AXEL RIVAS**

POSFACIO DE  
**REBECA ANIJOVICH**

PAIDÓS **EDUCACIÓN**

**PEPE MENÉNDEZ**

# **Escuelas que valgan la pena**

**Historias para entender  
la educación del futuro**

**PAIDÓS EDUCACIÓN**

# **I. LA MIRADA DEL PROFESOR**

# 1. ¿EN QUÉ NOS FIJAMOS CUANDO MIRAMOS A NUESTROS ALUMNOS?

Los profesores tenemos una posición privilegiada para distinguir entre el *Ser* del alumno y su *Hacer* académico. Vivimos muchos cambios y modas en la educación. Sentimos la gravitación de los contenidos por encima de la construcción integral de la persona. A menudo los docentes tomamos decisiones espontáneas con la voluntad de compensar el peso extraordinario de lo académico frente a los procesos personales de los alumnos, lo que nos lleva a un choque frontal con la rígida estructura académica del sistema. Pero las tomamos porque salen de lo más profundo de nuestras convicciones educativas.

*"¡Estoy harto de Albert!".* Era la voz de Pascual, el profesor de Historia, que había salido bruscamente del aula, y me había encontrado en el pasillo. *"Le importa un bledo mi asignatura. No atiende. Es incapaz de estar sentado y de poner el mínimo interés en mis explicaciones... Además, distrae a todos los demás con sus bromitas y sus payasadas. Haz lo que quieras, pero ¡yo no lo quiero ver más en mi clase!"*

Pascual había chocado varias veces con Albert durante el curso. Se trataba de un chico muy inquieto y también muy creativo, del grupo de 15 años de mi tutoría. Igual que Pascual, otros profesores habían expresado varias veces que *"Hay que tomar una decisión más contundente con este chico"*. Y añadían frases como *"Estas situaciones son cada vez más habituales en el centro. Esto está cambiando mucho. Se está perdiendo calidad y respeto por la escuela"*.

Al tiempo que Pascual se alejaba, salía Albert de la misma aula. Ahora era su voz la que sonaba enérgica. *"¿Podemos hablar un momento? Quiero quejarme de Pascual. Este tipo no es un buen profesor. Tiene muy poca paciencia con nosotros... y ¡ninguna conmigo! ¡Parece que nunca ha sido joven! No entiende nada y no hace más que hablar y hablar en clase sin parar. ¡Tiene un rollo que no se acaba nunca!"*

Su explosión apenas me permitió balbucear que no llamase *tipo* a un profesor, ni lo juzgara en el terreno personal. Me sentía empujado a la posición de tener que decidir qué partido tomar. De tener que interpretar las perspectivas de cada uno, sin alterar la disciplina de la escuela y los derechos del alumno.

Albert no era diferente a otros muchos alumnos que había tenido. Incapaces de adaptarse a la exigencia de atención y de dominio de su energía que requería una escuela como aquella.

Albert necesitaba constantes estímulos de atención, que hacían que su cabeza funcionase como un radar hiperactivo. En el colegio, los profesores no conseguían que siguiera una disciplina de estudio. En su casa, sus padres no entendían de dónde había salido. Albert había oído de sus profesores repetidamente que iba a ser muy difícil que se adaptase al clima exigente, académico y silencioso del colegio, donde estaba acabando su brillante hermano mayor, y donde habían estudiado su padre y su abuelo.

La vida de Albert transcurría entre los tiempos de socialización que disfrutaba yendo a la escuela, en los patios o en los cambios de profesor entre una clase y otra, y la escenificación, en forma de condena, con la que solía recibir las notas de los exámenes o de las evaluaciones.

Yo le había repetido algunas veces que no iba a poder hacer mucho más que él mismo por su continuidad en el colegio. Al tiempo que sentía lo absurdo que resulta convencer a alguien de que deje de ser él mismo para que sea lo que no puede o no quiere ser.

Son frases que se dicen a menudo en la escuela de manera mecánica, sin entrar en lo profundo, olvidando que es la propia propuesta escolar la que excluye a los alumnos que no responden a aquellos perfiles, que se describen tan retóricamente en los documentos institucionales.

En la clase de Albert había un chico llamado Jaime. Se trataba de un joven superdotado, al que su mente atenazaba y bloqueaba en muchas ocasiones. Le encantaba aprender. Lo hacía a una velocidad extraordinaria. Le bastaba oír hablar a un profesor para centrar su atención con una enorme eficacia. Le costaba mucho, en cambio, interesarse por la mayoría de los temas que entusiasmaban a sus compañeros.

El problema aparecía cuando toda esa pasión por conocer y aprender se tenía que reducir a un examen y someter a la presión del tiempo y también a un resultado numérico. Jaime no quería defraudar a sus padres, a sus compañeros ni a sus amigos. Él creía que todos ellos esperaban que sus notas fueran excelentes, que se acercaran a una perfección que él mismo había dimensionado y autoexigido.

Hasta ese curso, Jaime había ido demostrando con notable éxito su capacidad por superar exámenes y otras pruebas. Todo

había ido resultando satisfactorio. Solo quedaban en su recuerdo los miedos, las dudas, las noches sin dormir o los interminables segundos en blanco ante las preguntas de los exámenes, que habían ido grabando con fuego el pavor en su mente.

Los profesores estaban impactados con las preguntas de Jaime y su desbordante interés por aprender. Tanto que, a menudo, decían que le iba a explotar la cabeza, y que debía calmarse y "adaptarse al ritmo de la clase".

Una mañana, al llegar al colegio, me encontré con una nota que habían dejado los padres de Jaime, para que me pusiera en contacto con ellos. Su madre me contó que, al ir a despertar a su hijo, se lo había encontrado en la cama, con el rostro roto por la angustia, con el pijama empapado en sudor frío y tiritando de angustia.

Le contó con dificultades que apenas había podido dormir. Jaime estaba de nuevo atormentado por la idea de volver a enfrentarse a un examen. La cabeza del adolescente superdotado y perfeccionista había estallado y su voluntad se había roto. La única firmeza que estaba demostrando era la de ir al colegio para hablar con su tutor.

El camino de Jaime a la escuela no fue recto. Aproximadamente, una hora después de hablar con su madre, Jaime se plantó en mi despacho y me quiso transmitir la gravedad de sus sentimientos: *"No voy a hacerte perder mucho tiempo. He tomado la decisión irrevocable de abandonar los estudios. ¡Ya no puedo más!"*. Exclamó con un hilo de voz, casi incapaz de expresar la rabia contenida durante tanto tiempo. *"Creo que voy a dedicarme a la carpintería... o a cualquier otra tarea manual."* Su voz reflejaba abatimiento.

Traté de tranquilizarlo: *"No tomes ahora ninguna decisión. De entrada, olvida el examen de hoy. Eso no es lo importante. Tú sabes muy bien la materia. ¡Lo importante eres tú!"*.

Hacía tiempo que los padres de Jaime estaban alarmados y temerosos de que ocurriera algo parecido. Los días que siguieron fueron una natural evolución de la manera de abordar un caso similar en la escuela. Jaime, que ya hacía mucho que acudía al psicólogo para afrontar sus miedos, fue ingresado finalmente en una planta de psiquiatría de un hospital de la ciudad.

La ausencia de Jaime produjo en el colegio, y en especial en todos sus compañeros, un gran impacto emocional. Muchos de ellos preguntaban qué le pasaba. Por ese sentido de prudencia, quienes integrábamos el equipo de profesores les pedimos que no lo apabullaran con llamadas a casa, aunque en los pasillos fuera el tema de conversación más frecuente. Les sugerimos que escogiesen a uno de ellos como portavoz y que entendieran que él y su familia necesitaban un poco de tranquilidad.

Pero la reacción natural de unos adolescentes no entiende de tantas prevenciones, y prevalecieron las emociones. Así que varios compañeros de clase acudieron a verlo al hospital cuando los médicos lo autorizaron. Al volver al colegio, comentaban que lo habían encontrado muy desconcertado. Y a sus padres, muy angustiados.

Mientras tanto, la vida escolar continuaba. Y las andanzas de Albert, también. Un día, a media mañana de la jornada, Albert había recogido papeles que buscó en algunas papeleras y los había plegado cuidadosamente para que parecieran ejercicios escolares. En un descuido de Pascual, el profesor de Historia, le hizo un cambiazo en su cartera, sustituyendo los ejercicios traídos de casa, que todos los compañeros de clase habían entregado menos él, por el montón de papeles que había ido recogiendo de las papeleras. La sorpresa de Pascual al llegar a casa y encontrar todos aquellos papeles en lugar de los ejercicios

que él había introducido con toda seguridad, era imaginable, y lo podíamos ver estupefacto y muy enfadado.

La victoria de Albert fue de corto plazo, porque sus compañeros no estaban dispuestos a renunciar a la compensación del esfuerzo hecho en casa, a cambio de perdonar la indolencia del amigo en apuros. Como suele suceder, en poco tiempo el profesor fue capaz de descubrir al autor de la jugarreta, que acabó recibiendo un doble castigo, por no haber entregado el ejercicio y por haber sustraído aquel tesoro de su cartera.

Los padres de Albert también se mostraban desesperados. Nada los compensaba de lo que ocurría en la escuela, que muchas veces sigue una estela parecida a lo que ocurre en casa. Solo había algo que diferenciaba las dos perspectivas, y que sus padres comentaban varias veces en las entrevistas con Ignasi. *“Albert es un chico muy cariñoso –solía decir su madre–. Nos abraza y nos da besos continuamente... Eso sí, cuando no nos estamos peleando, algo que ocurre en demasiadas ocasiones.”* Su padre era más frío y solía añadir: *“¡Tantos besos no son propios de su edad!”*. Su madre explicaba que también se mostraba muy afectuoso con sus abuelos, con los primos, incluso en las propias consideraciones que hacía, al compartir las noticias del mundo, sobre la vida de las personas que padecen. *“Albert es un chico que tiene un gran corazón”*, afirmaban sus padres, agarrándose a ese valor tan significativo en el mundo, pero con tan poco peso en el mercado académico.

Seguramente por eso, Albert había ido algunas veces a ver a Jaime al hospital. A este le hacía mucha gracia esa aparente displicencia con la que Albert vivía la vida. Como si no le importara. Eso es lo que parecía envidiar Jaime de Albert. En cambio, Albert había expresado algunas veces que le gustaría tener los conocimientos de Jaime, su sabiduría intelectual y la facilidad

con la que se sabía explicar. Y que no entendía que pudiera sentir presión ante un examen con todo lo que sabía.

Al cabo de poco tiempo, Jaime volvió al colegio. Los médicos le habían dado el alta, aunque mostraban poca confianza en que su mejora fuera sostenida, pero creían que debía volver a sus entornos familiares y escolares habituales para recuperar su autoestima. Los compañeros lo recibieron con alborozo. Y Albert se sintió un poco protagonista de la pequeña victoria.

Pero la maquinaria del sistema académico y de la mente avanzan inexorables, y no distinguen criterios personalizados ni contemplan treguas. Un día, Jaime compartió con su amigo íntimo que ya no podía más y que esta vez iba a acabar con todo. Albert sintió un escalofrío que recorrió todos sus huesos, y se decidió a hablar conmigo. *“¡Necesitamos ayuda!”*, fue lo primero que me dijo Albert.

*“¡Jaime! ¡No te preocupes por las notas, por Dios!”*, le aseguré con rotundidad. *“Céntrate en aprender.”* Y, después de unos segundos de vacilación: *“¡El curso ya lo tienes aprobado!”*. Fue una reacción rápida a la realidad de la urgencia.

*“Pero si estamos en el mes de febrero –contestó Jaime–. ¡Nadie te va a hacer caso! Los profesores no van a aprobarme porque tú lo digas.”* Pero su rostro súbitamente se relajó y una sonrisa asomó en su cara, como no la había visto nunca desde que había empezado el curso.

Albert, a su lado, se emocionó y puso cara de *“Ya te lo dije, tío. Este tutor es muy copado”*. Se sintió muy orgulloso de su idea. Yo también le dirigí una mirada cómplice, como si así corroborara que los dos estábamos haciendo lo que debíamos.

El asunto no tuvo una resolución nada fácil. Los padres acogieron la decisión con la misma incredulidad que Jaime, pero como un bálsamo profundo a su sufrimiento. *“Me sorprende que*

*una institución con esta tradición tan exigente haya decidido algo así”, expresó solemnemente el padre.*

Tuve el apoyo de algún profesor, pero nos costó muchísimo convencer a la dirección del colegio y a otros colegas de que esa solución no era más que una simple tirita en la brecha vital que sufría Jaime, pero que podía parar la hemorragia de su sufrimiento.

Me reprocharon la decisión porque parecía haber acudido a una solución fácil para evitarme conflictos con los padres, y que *“suponía un antecedente muy peligroso, porque ahora todos los alumnos sabrán que pueden aprobar el curso simplemente con unos días en un hospital”*.

No pude evitar pensar que quizás había sido excesivamente impetuoso al proponer a Jaime ese aprobado general. Que quizás debía haber esperado un poco, y ver qué otras alternativas había. Pero la realidad fue mucho más taxativa. Jaime, a pesar de la generosa oferta, tuvo que volver a ser ingresado en el hospital.

A partir de entonces, Albert acompañó a Jaime todas las tardes. Entregó su corazón y su motivación existencial a estar al lado de su amigo. Tantas tardes juntos ayudaron a su lenta recuperación. Y también favorecieron que la dirección y otros profesores vieran la oportunidad de cumplir el compromiso para que Jaime pasara de curso.

Al finalizar aquel año, Albert tuvo que dejar el colegio. Sus resultados académicos acompañados de su comportamiento no le permitieron seguir. Jaime pasó de curso, pero al año siguiente las cosas no mejoraron y tuvo que dejar también el colegio.

Yo me decidí a enviar una carta a los padres de Albert, en la que pretendía ponderar de manera magnífica su competencia emocional y de empatía para acompañar a su amigo enfermo, su extraordinario corazón y una potencialidad enorme por ayudar

a otros, que le había de dar en la vida, estaba seguro, enormes satisfacciones personales.

La vida escolar nada tiene que ver, a menudo, con la vida real que conocerán los alumnos en el futuro. Estudiantes como Albert desgastan a los profesores, y sobre todo desgastan su propia vida en una etapa tan crucial como es la del tránsito de la infancia a la adolescencia, y de ella a la juventud. El contraste más impactante se produce entre la opinión que los adultos tenemos de su comportamiento y sus posibilidades de futuro, y la que tienen sus compañeros de colegio o sus amigos, basada mucho más en su experiencia relacional y la percepción de su carácter que en sus competencias escolares.

La clave de toda esta paradoja está en que los profesores nos cuestionemos en qué nos fijamos cuando miramos a nuestros alumnos, y desde qué perspectiva acompañamos sus procesos de crecimiento. Es necesario que amplíemos la mirada que proyectamos hacia ellos, y que pongamos las luces largas en acompañar proyectos vitales más allá de la responsabilidad de certificar expedientes académicos.